

Las relaciones dialectales en Tucídides

En los estudios de dialectología griega se está llegando últimamente a resultados que abren nuevas y prometedoras vías de trabajo¹, si bien la novedad de tales formulaciones pueda causar a algunos perplejidad. Ni siquiera el Profesor Chadwick, que ha llevado a sus últimas consecuencias observaciones basadas en su propia investigación y en la obra de eminentes lingüistas y arqueólogos² se ve libre de cierto comprensible encogimiento al expresar, resumida en breves palabras, su conclusión³: «What I am now suggesting is that the inferior dialect, which he [E. Risch] termed *special Mycenaean*, was in fact proto-Doric».

Tan inusitada afirmación, que se enfrenta a la propia tradición clásica y a ideas mantenidas largo tiempo, suscitará amplio eco en las publicaciones especializadas; al lado de oposiciones tajantes, que las habrá, cabe inferir que serán muy numerosas las adhesiones, expresas⁴ o manifiestas

1 Vid. John Chadwick 'Who were the Dorians?', *PP* 166 (1976) 103 ss.

2 Expresamente se considera deudor de E. Risch, que ('Les différences dialectales dans le mycénien', *Cambridge Colloquium on Mycenaean Studies* 1966, 150 ss.) supone dos variedades del micénico: el micénico *normal* o lengua oficial y el micénico *especial* o lengua de las capas inferiores de población. El micénico *normal* sucumbiría con la catástrofe que destruye los palacios micénicos, mientras que el otro ha sobrevivido, según la notable conclusión de Chadwick. En cuanto a las migraciones también entre los arqueólogos ya se ha sostenido la existencia de una sola: S. M. Snodgrass, *The Dark Age of Greece* (Edinburgh 1971). Llevan a la idea de un grupo solo de invasores *ide.* antepasados de los griegos las opiniones que suponen el griego formado dentro de Grecia y el surgimiento de los dialectos en época tardía. Puede verse, p.e., en W. F. Wyatt 'The Prehistory of the Greek dialects' *TAPA* 101 (1970) 556 ss. Trabajos anteriores del Prof. Chadwick, bien conocidos, preludiaban coherentemente éste que nos ocupa.

3 O.c. p. 113.

4 Así el Profesor M. S. Ruipérez en su comunicación al V Congreso Español de Estudios Clásicos «Observaciones sobre jonios y dorios desde el punto de vista lingüístico» celebrado de Madrid en 1976, en prensa: «La clasel dominante —la no muy numerosa que podía buscar refugio en las

en el surgimiento de puntualizaciones y reservas que dejen intacta la idea central: los dorios están desde siempre en el Peloponeso, desde que llegan los griegos a lo que será Grecia. Es de suponer que los investigadores que sostienen una génesis reciente⁵, postmicénica, de los dialectos que conocemos como distintos en el primer milenio, se inclinarán a admitir que los dorios penetraron con las demás estirpes griegas en un amplio período de los confines del segundo milenio. Muchos buscarán respuesta a preguntas que todavía no la tienen, como es natural, en la publicación a que se hace referencia, y sin duda el autor mismo puntualizará⁶ algunos extremos.

Pero no se va a intentar aquí la discusión o precisión de algún punto determinado de esta teoría que parece tan convincente en su núcleo esencial⁷.

Es actitud generalmente compartida la de utilizar en dialectología griega con primacía absoluta los datos lingüísticos, sin desdeñar el apoyo de la arqueología, disposición que puede producir frutos como los antes mencionados, en

fortalezas micénicas— hablaba el dialecto 'normal' de la mayoría de los escribas. Esta diversidad social *debía tener en último término su motivación en una variedad geográfica*». El subrayado es nuestro, por estimar muy importante la matización.

5 Es muy satisfactorio que se deba a estudiosos españoles el mayor progreso en esta línea. A. López Eire, *Innovaciones del jónico-ático (Vocalismo)*, (Salamanca 1970); *En busca de la situación dialectal del jónico-ático en Simposio de Colonizaciones* (Barcelona 1974) p. 247 ss.; *Problemática actual de la dialectología griega*, ponencia presentada al V Congreso Español de Estudios Clásicos, celebrado en Madrid, 1976, llena de sugerencias importantes como la de considerar que el lesbio es, en principio, un dialecto de la especie del jónico-ático y del arcadio-chipriota que después, durante un periodo de su historia, ha estado en contacto con el tesalio. El dorio se constituiría en dialecto como todos los demás, no aislado y apartado de los restantes, sino todo lo contrario, en íntimo contacto con ellos. En su artículo «El retorno de los Heráclidas», todavía en curso de publicación, puntualiza y expone estos puntos de vista sobre el dorio, de modo enormemente sugestivo y convincente. José Luis García Ramón, 'El llamado sustrato eolio' *CFC* 5 (1973) 233 ss.; *Les origines postmycéniennes du groupe dialectal éolien*, Suplemento a *Minos* n. 6, (Salamanca 1975); José Luis Melena, *Sobre ciertas innovaciones tempranas del griego* (Salamanca 1976). El Profesor F. R. Adrados en su última publicación 'Micénico, dialectos paramicénicos y aqueo épico', *Emerita* 44 (1976) 65 ss., modifica sustancialmente algunos de sus puntos de vista, que concretará en otro artículo de próxima aparición.

6 *O.c.* p. 117.

7 Nos permitimos recordar las reflexivas palabras del comentario a Tucídides de A. W. Gomme (vid. N. 8) en I 94 ss.: «La evidencia arqueológica debe usarse con cautela como prueba de invasión... grandes cambios... pueden ocurrir sin una invasión; destrucciones de ciudades por el fuego y la espada pueden ocurrir en una guerra civil».

tanto que las noticias de la leyenda o del mito deben usarse con cautela. Pero nadie dudaría de la consideración que, a este respecto, merece la obra de Tucídides⁸, el hombre que somete sus fuentes a severa crítica, que se permite dudar⁹ de la validez de Homero como fuente seria de información. Es cierto que debió de utilizar tradiciones orales junto con informaciones que estimó fidedignas, de variado origen, además de los datos objetivos conocidos para los contemporáneos de la realidad del s.V en que vivió, como todo el mundo sabe. Tal vez tenga algún interés considerar los datos que Tucídides ofrece en torno a la diversidad patente entre los griegos, confrontándolos, cuando parezca oportuno, con las nuevas posturas en dialectología.

Al describir la situación de Grecia¹⁰ en el pasado más remoto que puede alcanzar nos ofrece una tierra habitada por grupos de parecido y escaso poder, independientes unos de otros, que cambian con facilidad de asentamiento en busca de tierras más fértiles. Tesalia, Beocia, el Peloponeso son lugares de población poco estable, que mudan de habitantes precisamente por la calidad de su suelo; otras como el Atica, justamente por ser poco atrayentes, fueron menos afectadas por migraciones interiores¹¹, como Arcadia también, ésta en razón de su aislamiento geográfico, aunque no se diga expresamente. No se olvida Tucídides de advertir que estas gentes se entendían por su lengua las unas con las otras, sin que consideremos tal afirmación como más informativa de lo que realmente es. Muy difícilmente se basaría en otras fuentes que en la misma posibilidad de entedimiento entre todos los griegos de su tiempo. Nos gus-

8 Citamos por la edición de H. S. Jones, en los *Textos Clásicos de Oxford* y la Traducción, en tres volúmenes (Madrid 1952-55) realizada por el Profesor F. R. Adrados. Hemos tenido a la vista *A Historical Commentary on Thucydides*, A. W. Gomme, A. Andrewes, K. J. Dover (Oxford 1945-70, aún en curso de publicación) y *Thukydides* erklärt von J. Classen bearbeitet von J. Steup (7ª ed. Berlín-Zürich-Dublín 1966).

9 I 9.3.

10 I. 2. Hemos visto *Histoire et raison chez Thucydides*, de J. de Romilly (Paris 1967) 240 ss.

11 Se refiere a habitantes griegos. En IV 109.4 menciona a pelasgos-tirrenos, anteriores habitantes del Atica. Se ha oscilado en demasía de la excesiva estimación del sustrato a negar en la práctica toda influencia. Vide M. S. Ruipérez. «Sobre el sustrato lingüístico en Grecia», *Actas del VI congreso Internacional de Estudios Clásicos*, tenido en Madrid, sept. 1974.

taría pensar otra cosa. Insistimos, porque el historiador insiste y nos parece importante¹² en la movilidad de los griegos. Si los cambios de pequeños grupos (que podrían aclarar algunas desesperantes coincidencias dialectales) han sido conservados por la tradición, cabe preguntarse ¿se hubiera olvidado una invasión multitudinaria, de gentes cuya ausencia sería tan notoria en la tierra abandonada como su presencia masiva en otros lugares?

Más tarde en el Peloponeso hay reinos ricos y poderosos, con ejército y armada, capaces de importantes empresas lejanas incluso¹³. Son bastante fuertes como para causarse temor unos a otros: los de Micenas tienen miedo de otros, de los Heráclidas, Agamenón consigue que lo acompañen por miedo otros príncipes griegos. Al regreso de Troya¹⁴ se produjeron muchos cambios, guerras civiles en las ciudades, destierros¹⁵ de algunos, expulsiones de pueblos enteros¹⁶ como los beocios echados de Arne por los tesalios tiempo después, a los sesenta años de la expedición a Troya; se instalaron donde ya lo habían hecho tiempo atrás algunos de su estirpe (quizá los asaltantes de Tebas micénica). Es posible que estos por entonces recién llegados conserven memoria de ello mucho después: en III 61.2 «Nosotros comenzamos nuestras diferencias con los plateenses, cuando, al fundar Platea y otras ciudades de Beocia-ciudades de las que nos apoderamos expulsando de ellas a una población muy heterogénea-no quisieron quedar sujetos a nuestra hegemonía...». También los atenienses conservaban recuer-

12 I 2.

13 Vide CAH II 2 (3ª ed. Cambridge 1975) 342 ss. Corroborra ampliamente V. R. d'A. Desborough, *The Greek Dark Ages* (Londres 1972) en puntos que nos interesan. Los príncipes de Pilos y Micenas tienen súbditos abundantes, ciudades vasallas, según prueban documentos escritos y la Arqueología. Parece que no cabe dudar de la historicidad del asalto a Troya y de que es algo anterior a los desastres ocurridos en Grecia meridional. Hay huellas de destrucciones y reconstrucciones en Micenas y Tirinto, en tanto que Pilos, asaltada también (se estima seguro que con posterioridad a la ruina de Troya) no se reconstruye. En Beocia y Tesalia no falta rastro de violencias, posteriores a la destrucción de Tebas micénica. Los héroes a su vuelta encuentran situaciones difíciles, rebeliones.

14 I 12.2.

15 Tucídides tiene ante los ojos las contiendas de su época, los destierros, como es inevitable; que no son precisamente novedades del s.V, según nos recuerdan los poemas de Alceo.

16 No de otro modo que los habitantes de Egina, de Potidea vencida, de la rebelde Histiea.

do de la llegada de gentes nuevas en IV 98 «...los beocios y la mayoría de los demás pueblos que habían expulsado a una población y habitaban su territorio...».

El Atica se libró de conflictos interiores en esta ocasión¹⁷ acogiendo, en cambio, a huídos de regiones más alteradas¹⁸; se ha visto como posible una manifestación de estas relaciones cordiales probadas con la admisión de expatriados o fugitivos en la alusión a la vieja amistad entre Atenas y Argos en V 44, que recoge también la tragedia, como todos saben. De Arcadia sabemos que resultó un buen refugio de los micénicos, bien porque se acogieran los huídos a su seguro, bien porque sus habitantes fueran, precisamente, micénicos no minoizados en mayor proporción. Pero de los arcadios Tucídides habla muy poco, a no ser diciendo que forman parte de tropas mercenarias en el s.V. Parquedad de información semejante sobre los cretenses¹⁹.

Estos cambios y guerras, los asaltos e incendios documentados no se conciben sin unas causas que lleven a la violencia y unos jefes que dirijan tales acciones. Ha de reconocerse que en todo lo que sabemos de la historia de Grecia los desencadenantes de luchas intestinas, destierros y calamidades de toda índole han sido las rivalidades por ambición de poder, junto con las reivindicaciones que podrían llamarse políticas; durante siglos la aristocracia ha estado al frente de tales movimientos, primero para conseguir el despojo de la autoridad de la realeza, luego rivalizando unos con otros. Tucídides es parco en su información

17 Aunque tuviera que defenderse de quienes permanecieron en sus confines o tal vez pactar, tiempo suficiente para ejercer influencia. Sobre la formación del ático a partir del contacto del protojonio con los mismos pueblos que dejaron su huella en Tebas y NW, vide A. López Eire, *o.c.* 1974. La fecha de segregación del protobeocio encaja bien en la información de Tucídides. Vide J. L. García Ramón, *O.c.c.*

18 I 2.6 «Los hombres más poderosos de aquellos que eran expulsados del resto de Grecia por la guerra o los disturbios civiles se refugiaron junto a los atenienses... hasta el punto de que los atenienses mandaron más tarde colonias a Jonia...». Tal vez las fuentes de Tucídides coincidan con Hdt. V 65: los reyes atenienses Codro y Melanto son de Pilos, parientes del padre de Néstor.

19 ¿Hay también en Creta dorios desde siempre? En tal caso pusieron fin al dominio de los otros griegos, los que usaban las tablillas para la administración de los palacios, dos siglos antes que en el continente. Salvo si los incendios de los palacios tuvieran otra explicación. Homero nos presenta (*Od.* XIX 172 ss.) una isla poblada por noventa ciudades, de mezclada lengua: aqueos, eteocretenses, cidones y dorios.

pero no omite los enfrentamientos entre familias nobles en el Peloponeso, Perseidas, Pelópidas y, como si fueran exiliados que un día retornan, los Heráclidas. Es tradicional que los nobles busquen apoyo popular para lograr sus fines²⁰ que no siempre consiguen en un primer intento, con relevos en la situación de predominio²¹.

Si los dorios estaban de siempre en el Peloponeso, en situación de inferioridad, bien pudieron seguir a su aristocracia rural, menos refinada que la que ostentaba el poder en los palacios, en sus intentos de ser, a su vez, los dominadores. Y lo consiguieron, al fin, de modo definitivo: I 12.3 «los dorios se apoderaron del Peloponeso a los ochenta años (de la toma de Troya)». Más tarde surgirían graves disensiones entre los nuevos dominadores²², de lo que es prueba la conquista definitiva de la Cinuria argiva o la situación de los mesenios de época histórica²³, si esto no hace referencia, cosa difícil, a la eliminación del reino micénico. Tal vez sea también un eco muy lejano de encuentros violentos entre hablantes de griego occidental la mención aislada de la lucha en Corinto entre los dorios del campo y los eolios de la ciudad²⁴.

A lo largo de los ocho libros de la historia se menciona a los griegos contemporáneos de Tucídides²⁵, como no podía

20 No parece necesario aducir pruebas, que todos recuerdan bien, en la obra de Tucídides.

21 Recuérdese que Pilos fue destruido definitivamente, mientras Micenas y Tirinto rechazaron varios asaltos y se rehicieron.

22 Las circunstancias de Tesalia o Beocia no son directamente aludidas, pero no se excluyen luchas y rivalidades semejantes.

23 VII 57.8 «También los que ahora reciben el nombre de mesenios...». Pervive el recuerdo de una situación diversa, seguramente la que precedió a las guerras mesenias.

24 IV 42.2 «Los atenienses... desembarcaron en un punto de la playa que está situado al pie del monte Soligea, sobre el cual se asentaron antiguamente los dorios y hacían la guerra a los corintios de la ciudad, que eran eolios...». De momento no se deja precisar más la parva noticia de este pasaje. Dos hidrónimos, Peneo en Tesalia, Peneo en la Elide, quizá digan algo.

25 Con menos frecuencia de lo que desearíamos, aquí y allá un comentario sobre las lenguas que se hablan. En VI 5, el habla de Himera, fundación calcidia, en Sicilia, que recibe un grupo importante de exiliados siracusanos, es un dialecto mixto de los calcidios y del dorio. Sabemos por III 112; IV 3.3; IV 41.2, que los mesenios, hablantes del mismo dorio que los lacedemonios, con su modo de hablar engañan a los ampraciotas, colonia corintia y causan daños en incursiones desde Pilos a los lacedemonios porque les era fácil coger a sus habitantes desprevenidos al hablar igual que ellos. Los de lengua más ininteligible son los etolios, III 94.5.

ser menos. Pero en dos capítulos, el nueve del libro segundo y el cincuenta y siete del libro séptimo encontramos reunidos prácticamente a todos ellos. En el primer pasaje mencionado figuran sólo los que tomaron las armas al comienzo de la guerra. En el libro séptimo los contendientes en Sicilia, unos atacando y otros defendiendo la isla, vienen de todos los confines de Grecia. Se echa de ver en este pasaje la clasificación de estirpes que Tucídides maneja como familiar, las que cree unidas por parentesco genético²⁶, que, a no dudarlo, surge del sentimiento mismo de los pueblos y se basa en la diferenciación a que han llegado los dialectos. En Sicilia están los metimnenses, beocios y plateenses, que son eolios²⁷; los dos bloques masivos enfrentados, tanto de griegos del continente y las islas del egeo como las ciudades sicilianas, cada una bien enterada de su identidad y origen. Quedan sin filiación, en éste o en otro lugar de la obra, los arcadios, de los que se nos dice únicamente que son mercenarios²⁸ que nutren las filas de los dos frentes, con un casi imperceptible matiz de desprecio por un pueblo que no sobresale en nada bueno, que causa perplejidad al historiador a la hora de precisar el origen de los pueblos griegos. No aparecen aquí pero sí en otros lugares, los aqueos. En II 66 se habla de los aqueos del Peloponeso, lo que sugiere que existen al menos otros a los que también se designa con este nombre en el s.V. Se suelen identificar con los habitantes de Acaya del Peloponeso unos, con los de Acaya Ftiótide otros; quizá son estos últimos a los que se prohíbe expresamente participar en la fundación de Heraclea Traquinia en 426.

Es de notar que en la enumeración de II 9 aparecen los aliados de los dos antagonistas, lacedemonios y atenienses, sin expresa mención de la estirpe de unos y otros. Muy al

26 *Κατὰ ξυγγένειαν* dice aquí. En III 86.2 *κατὰ τὸ ξυγγενές*, como en VI 88. Le interesa especialmente la ascendencia de los fundadores de las colonias de Magna Grecia y aledaños, en los primeros capítulos del libro sexto, dorios unas, jónicas otras, junto a pueblos aborígenes o venidos de regiones no griegas.

27 Los hace manifestar en varios pasajes su conciencia de comunidad de origen, así en III 2.3.

28 Los carístios son driopes, también citados en otros lugares; parecen pueblos prehelénicos, que quedaban en pequeños grupos, muy diseminados.

contrario, en VII 57 es machacona a fuerza de repetida la insistencia de la filiación de cada uno de los pueblos, dorios o jonios, jonios o dorios, con las mínimas variantes que se acaban de mencionar. No es éste el único lugar²⁹ en que la dualidad esencial de razas³⁰ griegas se esgrime como razón suficiente para determinados comportamientos esperables, como explicación de una conducta³¹, como predisposición natural y modo de ser, como apoyo en una petición de ayuda o alianza. Figura expresamente la polaridad Jonios/Dorios como recurso banal, si tal cosa puede decirse, del historiador en contadas ocasiones³², en tanto que la antítesis aparece enraizada sólidamente dentro de sus propias vivencias en situaciones en que por azar se encuentran jonios y dorios alineados en el mismo bando³³. El argumento de la comunidad de raza se considera fundamental por los embajadores de uno y otro lado³⁴ en sus peticiones de apoyo. Si aceptamos la declaración de Tucídides referente a su cuidado de poner en boca de sus oradores³⁵ las palabras que pronunciaron o, al menos, sus razonamientos y la secuencia de ideas, debe ponerse claramente de relieve que son los personajes dorios quienes en sus exhortaciones a la lucha o al exponer su confianza en la victoria, recurren, como argumento indiscutible, a su condición de dorios: Brasidas,

29 Citamos los siguientes pasajes, que no se pretenden únicos: I 124.1; III 86; IV 61.2; V 9.1; VI 7; VI 76.2; VI 77; VI 88; VI 80; VI 82; VII 5.4; VII 57.2, 4; VIII 25. 3-5.

30 IV 61.3, Hermócrates denuncia la codicia de los atenienses que se escudan en el pretexto de su parentesco con los leontinos. Igualmente en VI 80.3.

31 Los comentaristas mencionados y Mme. de Romilly en su edición de *Belles Lettres*, así como la generalidad de los comentaristas, coinciden en admitir un uso retórico de la antítesis jonios/dorios. Aunque se hace evidente la reiteración en el libro sexto, en otros lugares, como VIII 25.3-5 tal interpretación no es válida.

32 Meramente expositivo, III 86.2; VII 57.4, en general, es también manifestación de sus sentimientos, VII 57.2; VIII 25.3-5.

33 VIII 25.3-5; los atenienses y sus aliados argivos se enfrentan a los peloponesios y sus aliados milesios y persas cerca de Mileto: «...los argivos se adelantaron— y, por desprecio, avanzaron en desorden por ir contra jonios, gente que no les haría frente; y fueron derrotados por los milesios. En tanto los atenienses vencieron... a los peloponesios... Y sucedió que en esta batalla los jonios vencieron a los dorios de uno y otro bando».

34 Corintios en I 124, siracusanos en VI 88; leontinos III 86.3, egestanos VI 2.

35 Argumentos de peso en K. Rohrer 'Über die Authentizität der Reden bei Thukydides', *Wiener Studien* 72 (1959) 36 ss. y Chr. Schneider, *Information und Absicht bei Thukydides, Hypomnemata*, Heft 41 (Göttingen 1974) 127 ss.

Hermócrates el siracusano, el almirante Gilipo, por citar algunos; como se dice en V 9.1 Δωριῆς μέλλετε Ἴωσι μάχεσθαι, ὧν εἰώθατε κρείσσοις εἶναι «siendo dorios vais a pelear contra jonios, a los que tenéis siempre costumbre de vencer».

Si queremos encontrar argumentos parecidos en las palabras de los atenienses buscaremos en vano: no replican a tales pretensiones, que conocen, y la justificación de su dominio o la esperanza de la victoria se fundamentan en las guerras médicas y su gloriosa participación en ellas. No se olvide, por el contrario, su conciencia de superar culturalmente en todos los campos a sus rivales, su complejo de pueblo refinado y superior. No osan hacer gala, como sus oponentes, de virtudes guerreras o de ser habitualmente vencedores, menos aun vencedores de los dorios por tradición. Nunca se oculta que aprendieron sus tácticas y estrategia peculiar después de Maratón y Salamina. Parece que hubiera en los dorios el apoyo de una vieja victoria grandiosa, de la que todos se sienten partícipes, porque les dió una personalidad y fuerza.

Se puede llegar, sin objeciones de relieve, a una sola migración de indoeuropeos invasores, no enteramente homogéneos tal vez, como es esperable en agrupaciones muy numerosas, pero sin que podamos afinar cuáles eran tales diferencias. El asentamiento en áreas geográficas relativamente alejadas ha de contribuir, en muy lento proceso, a deteriorar su homogeneidad inicial, sin que se excluyan otras influencias mutuas, resultantes de los cambios de ubicación de que habla Tucídides³⁶.

Pasando el tiempo algunos se hicieron más poderosos, o incrementaron posibilidades que ya tenían, contribuyendo a hacerlos distintos el contacto con los pobladores que estaban en estas tierras a su llegada, continentales o isleños. En tanto que se mantuvo un desequilibrio notorio de fuerzas (bien entre clases sociales, bien entre etnias geográficamente próximas) no hubo cambios importantes. Tenían que producirse inevitablemente al surgir nuevos núcleos de poder.

36 IV 61.2; V 9.1; VI 76.2; VI 77; VI 80.3; VII 5.4.

No sabemos en cuántos lugares se solucionarían los enfrentamientos llegando a una convivencia o no llegarían a producirse precisamente por estar igualados en sus posibilidades. Pero tenemos pruebas de que también se llegó a la violencia total, lucha de exterminio, de la que hay huellas en restos calcinados y en la eliminación, prácticamente, de un modo de vida y de habla. Tucídides habla de guerras civiles, de expulsión de pueblos, de huida de los más poderosos. Los vencidos huyen si les es posible, se refugian en lugares poco accesibles, se hacen a la mar en busca de otras tierras³⁷. Prueba de que tales cambios no se produjeron en un solo día, si bien no duraron muy largos años. La fuerza de los asaltantes de los palacios pudo gestarse paralelamente al declive de la sociedad que estos últimos representaban.

Puede estimarse ostensible todavía en Tucídides la huella de estos enfrentamientos en el Peloponeso, de los que procede para los dorios la conciencia de vencedores que hemos comprobado en tantos pasajes, confirmando en este aspecto las palabras del Prof. Chdwick³⁸: «the rancour which distinguished relations between the Dorians and other Hellenic people down to the 4th century can be explained by the distant folk-memory of their ancestors». Los mismos griegos saben de estos dos bloques antagónicos, jonios y dorios, a los que nada nos impide llamar griegos orientales y griegos occidentales.

MARIA C. GINER SORIA

³⁷ Quebrantamos otra vez nuestro propósito inicial de limitarnos a la información que da Tucídides para recordar que los poemas homéricos reflejan en no pocas ocasiones situaciones semejantes, si bien no tan graves, problema del que nos hemos ocupado. Acreditan que exilios y expatriaciones, si puede perdonarse este término, retroceden tanto en el tiempo como pueda hacerlo la tradición épica.

³⁸ O.c. p. 117.